

EL BASILISCO

Revista de materialismo filosófico

Nº 60 (2024), páginas 85-88

Joaquín Robles López

Fundación Gustavo Bueno

Reseña del libro de David Alvargonzález *La filosofía de Gustavo Bueno. Comentarios críticos* (Ediuno, Oviedo, 2024)

EL BASILISCO

Fundador

Gustavo Bueno

Director

Gustavo Bueno Sánchez

Secretaría de Redacción

Sharon Calderón-Gordo (Fundación Gustavo Bueno)

Consejo de Redacción

Jesús G. Maestro (Universidad de Vigo)

José Arturo Herrera Melo (Universidad Veracruzana, México)

Íñigo Ongay de Felipe (Universidad de Deusto)

Patricio Peñalver (Universidad de Murcia)

Elena Ronzón (Universidad de Oviedo)

Pedro Santana (Universidad de La Rioja)



Todos los artículos publicados en esta revista han sido informados anónimamente por pares de evaluadores externos a la Fundación Gustavo Bueno.
EL BASILISCO se publica con periodicidad semestral. Véanse las normas para los autores en: <http://www.fgbueno.es/edi/basnor.htm>

<http://www.fgbueno.es/bas>
basilisco@fgbueno.es

ISSN 0210-0088 (vegetal) - ISSN 2531-2944 (digital)
Depósito Legal: O-343-78



© Fundación Gustavo Bueno * Plaza Gustavo Bueno * 33005 Oviedo (España)



Reseñas

Reseña del libro de David Alvargonzález *La filosofía de Gustavo Bueno. Comentarios críticos* (Ediuno, Oviedo, 2024)

Joaquín Robles López

Fundación Gustavo Bueno

David Alvargonzález, fiel a una forma de actuar consistente en buscar, de un modo recurrente, fallos en la filosofía de Gustavo Bueno, publicó el año pasado este libro. Un libro que compone una síntesis de esos supuestos errores advertidos por el autor a lo largo de los años—y mostrados al público en artículos o conferencias—con la loable función, en principio, de pulir el sistema del materialismo filosófico, barriendo fuera esos fallos y contribuyendo así a clarificar, acaso apuntalar, la verdadera filosofía materialista.

El título no menciona al Materialismo Filosófico sino a la «Filosofía de Gustavo Bueno». Y el subtítulo «comentarios críticos» avisa de que el autor se sitúa en una perspectiva crítica, pero no del sistema—«*El materialista filosófico soy yo*», ha repetido D. A., al menos dos veces, con excitado ardor—sino de algunas teorías de Gustavo Bueno.

¿Pero qué clase de materialismo filosófico puede constituirse, en David Alvargonzález, como plataforma desde la que «corregir» esos errores? ¿*Qué clase de materialista filosófico es él?*

¿Acaso, y en primer lugar, un materialismo filosófico entendido como filosofía perenne, presente en la Historia Universal de la Filosofía, en tanto que verdadera filosofía y no siempre filosofía verdadera; es decir, un materialismo filosófico, tan presente en Platón como en Marx, en Aristóteles como en Hegel, que no podría ser otra cosa sino el ejercicio mismo del racionalismo crítico?

¿Acaso, en segundo lugar, un materialismo filosófico ejercido, pero también representado, forjado en un sistema concreto—y discreto, en cuanto separable de otros materialismos como el dialéctico, histórico, cultural, etc.—por Gustavo Bueno?

¿Constituye el materialismo de Alvargonzález un nuevo materialismo que habría brotado del tronco de la filosofía de Gustavo Bueno pero que, a base de corregir errores en la gnoseología y su reverso ontológico (o viceversa) de este sistema de Bueno, habría acabado por originar un subsistema?

Alvargonzález opta por asumir el sistema de Bueno, cuando señala incoherencias y contradicciones en

sus textos. Cuando así procede, además de torsiones, malentendidos y tergiversaciones de los textos canónicos, aparece aquí su filosofía como una filosofía instrumental que encuentra partes y teorías a las que hay que barrer fuera, una vez desmontadas y expuestos sus «errores», por el bien del propio sistema. Así, su teoría sobre los mitos, la de David, un verdadero dislate argumental, su teoría sobre el aborto, con estadísticas falsas y una argumentación curiosa sobre la fórmula, la unidad y la multiplicidad, sus teorías sobre la coherencia del sistema y otras, se mueven, no sin confusión, en este plano.

Pero se mantienen en la primera opción cuando señala errores en la ontología y gnoseología de Bueno. Porque esos *errores ontológicos*, propios de la representación del sistema escrita por Bueno en los Ensayos materialistas o en El Ego trascendental, entre otras obras y opúsculos, no podrían considerarse, como los anteriores, fragmentos sobrantes, barreduras que hay que enviar fuera del sistema para que este brille con más esplendor, sino la corrección misma del sistema del materialismo filosófico, no tomado en sí mismo como si fuera una axiomática, sino en cuanto teoría filosófica de la historia de la Filosofía, de la ciencia, de la moral, de la religión, etc.

No podemos examinar aquí con rigor las relaciones que quepa establecer entre las dos opciones-plataforma desde las que creemos se maneja D.A. Pero es imprescindible señalar que el materialismo filosófico no es una filosofía perenne; ninguna lo es, porque cada una de ellas se construye con los materiales de su tiempo histórico, del estado de las ciencias y del desarrollo de sus fuerzas productivas y modos de organización, del sistema de ideas, instituciones, etc. El materialismo filosófico de Gustavo Bueno considera que la verdadera filosofía siempre es filosofía materialista y por tanto, se aplica, en su extensión por la Historia de las ideas filosóficas, al resto de sistemas, a quienes nunca puede dejar de mirar.

Pero podría decirse que la similitud, la analogía entre las categorías ontológicas de Wolff, por ejemplo, en su ontología especial, en cuanto sistematización de las doctrinas escolásticas tradicionales de la división de la metafísica especial en Teología, cosmología y Psicología naturales (rationales) y los géneros de materialidad de Bueno (M1, M2 y M3) o las tres ideas cardinales de la Ontología general de Bueno (Materia ontológica general, Materia cósmica y Ego trascendental), no se da sino a través de materiales muy diversos y heterogéneos.

Y nunca es una relación de identidad; pero sobre todo: sólo puede hacerse mirando desde la obra de Bueno a las otras mencionadas. No a la inversa, a menos que uno reinterprete a Bueno desde el materialismo histórico, el idealismo trascendental, la filosofía de la mente o la fenomenología, entre otras. Pero David nunca especifica desde qué sistema analiza la obra de Bueno, más allá de

ese racionalismo crítico que él quiere considerar como resultado del desenvolvimiento mismo del sistema de Bueno al dar con su propio entendimiento, el de David. Un entendimiento, al parecer tan potente, que conoce las críticas que le van a hacer *a fortiori*, antes de que se produzcan y por eso «no las tuve en cuenta», dice D.A. refiriéndose a las críticas y comentarios de Gustavo Bueno, Ongay, Tresguerres y yo mismo a su teoría, alternativa a la de Bueno, sobre las religiones primarias.

Ahora bien, cuando dice DA, que el materialismo de Bueno también puede ser un formalismo, que el Ego trascendental es superfluo, por metafísico, para elaborar una ontología materialista, que los géneros de materialidad son dimensiones de lo real, que lo real (la terca realidad, dice) es independiente del sujeto operatorio y anterior a sus operaciones, etc. entonces, las observaciones de D.A. rompen nudos esenciales de la urdimbre del materialismo filosófico construida por Bueno; también obliga a la revisión de toda la historia filosófica de la filosofía, de la Teoría del cierre, de la Teoría sobre la religión, la teoría política, antropológica, ética y moral. En resumidas cuentas, expresadas certeramente por Tomás García en el coloquio final, tras mi exposición sobre este libro en la FGB: «Para esto hace falta un sistema. Y tú no lo tienes», en mitad de gestos y palabras de aprobación del propio Alvargonzález, porque él «no pretende construir un sistema», dice. Lo que quiere es derribar otro, aunque ni siquiera se da cuenta).

En cuanto a su propia intencionalidad, el sistema del materialismo de Bueno no se configura por principios que coordinan sus partes, ni ningún otro tipo de apriorismo, sino por las propias teorías construidas por Bueno y por otros, obras que se van levantando cada una por su lugar y que van constituyendo la urdimbre del sistema en donde unas se apoyan en otras, pero no de un modo armónico en sentido lógico. Dice Gustavo Bueno en el prólogo al libro de AF Tresguerres, los dioses olvidados, pág. 9:

En cualquier caso sería preferible hablar, más que de una doctrina materialista unitaria y acabada, de diversas doctrinas o planteamientos materialistas, relativamente independientes entre sí. Pues estas doctrinas no pueden interpretarse como si fueran meros eslabones de una cadena deductiva única, puesto que son más bien como el conjunto de los edificios que, aun trazados con arreglo a una forma de cimentación y planificación común, están moldeados cada uno por las exigencias del terreno y de los propios materiales de construcción y han de ir acumulándose y reforzándose los unos a los otros.

Gustavo Bueno ofrece una ejemplificación de esto mismo, un ejercicio en el que se muestra la desconexión lógico-deductiva que existe al optar, en su clasificación de las doctrinas morales por el materialismo formalista (en donde forma y materia se entienden conjugadas, yuxtapuestas) que, sin embargo, es rechazado en la crítica de la clasificación de las 4 familias gnoseológicas

por coincidir con el adecuacionismo, cuando según Bueno, la verdad científica exige la neutralización de la materia y la forma, no la yuxtaposición.

Alvargonzález, sin embargo, atrapado en una sustancialización racionalista del sistema pide, nada más empezar el libro, coordinación entre las partes del sistema sin especificar a qué partes concretas se refiere. Ni explicitar qué entiende él por coordinación. Pero insinuando que esa coordinación es de carácter racional, lógico; condición que pide, no el sistema de Bueno, sino la hipótesis de David.

Colocando, además, una rapsodia absurda en la que la ontología es un tema más, distribuido en un curso académico (con perdón) de «La filosofía de Gustavo Bueno».

Ello implica que los análisis filosóficos realizados en los diferentes ámbitos (epistemología, ontología, antropología, ética, moral política, filosofía de la historia, por citar algunos de los más relevantes) han de estar coordinados y deben ser compatibles entre sí.

Dice D.A.

¿Y qué podría significar ese «deber ser» imperativo?

A nuestro juicio, absolutamente nada que tenga el mínimo valor filosófico; a lo sumo, pedagógico, diríamos; porque existe la *simploké* también entre las partes del sistema. Deducimos que D.A. se refiere a que las partes del sistema deben estar coordinadas cuando, diaméricamente, hablamos de partes conectadas, sería infantil mantener que entre partes inconexas debe haber «coordinación». Y es por esto, que resulta incomprensible la petición de D.A. Y redundante, cuando reconocemos que la estructura ontológica especial debe ser coherente o coordinada con los análisis éticos o políticos, etc. pero esa coherencia no implica la identidad, sino la «cimentación y planificación común», entre otras cosas, porque la ontología no es una disciplina exenta, sino que la ontología materialista, en tanto que representación de un ejercicio filosófico que gravita sobre las ideas propias de la filosofía de la ciencia, de la religión, la moral o la política y la ética, aparece sólo cuando estas partes del sistema ya han sido establecidas.

La perspectiva de DA es la de un profesor de filosofía, la de Bueno es la de un filósofo. Porque sólo en la perspectiva de la filosofía como un saber enseñable por profesores que tratan en clase una lección de ética o política y otras veces de cuestiones gnoseológicas u ontológicas; sólo en este contexto de una filosofía administrada en una facultad o en un aula de bachillerato, se puede entender la idea de coordinación, como coherencia expositiva. Ahora bien, cuando nos salimos de esta perspectiva escolar, el concepto de coordinación entre las partes del sistema es enteramente confuso y poco preciso, dice Gustavo Bueno:

Si mantenemos la tesis de que un sistema filosófico no es un sistema clausurado, ni menos aún cerrado, al modo de las ciencias categoriales, se comprenderá que las posibilidades de variaciones, modulaciones, incluso bifurcaciones, sean mucho mayores en el materialismo filosófico que en cualquier otro sistema. Porque el sistema del materialismo filosófico ni siquiera puede aducir la «concatenación de cada una de sus partes con todas las demás»; también en su ámbito rige el principio de *symploké* (Bueno. *Sobre la verdad de las religiones y asuntos involucrados. Catoblepas*).

En rigor, entonces, esta tesis de Alvargonzález sobre la obligada coherencia del sistema, incluida en las primeras páginas del libro, no es sino anuncio de que el autor ha detectado esas supuestas incoherencias, aunque luego resulta que no existen, que están mal formuladas por David o que, como también señalaba Ekaitz Ruiz en la presentación del opúsculo de David en Madrid, no son incoherencias de Bueno sino incoherencias de la interpretación errada de Bueno que hace el propio Alvargonzález, hasta el punto de que Gustavo Bueno; es decir, sus teorías, no aparecen por el libro.

Si bien esta tesis de Ekaitz puede parecer excesivo ampliarla a todos y cada uno de los capítulos del libro, en perspectiva distributiva, no obstante es asumible si cambiamos la mirada hacia lo que podríamos llamar «errores de D.A. percibidos en perspectiva atributiva», es decir, cuando esos errores en la interpretación que hace el autor de la filosofía de Gustavo Bueno van referidos a sus fundamentos ontológicos y gnoseológicos, en cuanto esos errores constituyen una representación filosófica del materialismo de Bueno incorrecta que estaría afectando a la totalidad de objeciones o comentarios críticos agrupados en este libro.

No vamos a reproducir los argumentos completos que pude hilvanar en la conferencia sobre este libro pronunciada en la FGB. En esa exposición, en la que David estaba presente y tuvo la oportunidad de defenderse durante casi una hora, hay argumentos y contraargumentos para quien tenga interés en adentrarse en la materia. Como también hay material abundante sobre algunas cuestiones replanteadas por el autor.

Tan sólo reseñar, para acabar y como ejemplo de la debilidad de las argumentaciones de David, además de sus falsedades, quizá inadvertidas, quizá resultado de la propia debilidad de los argumentos, que su teoría de los mitos cimentada sobre un razonamiento por *sinécdoque* («tomar la parte por el todo») pretende poner la irracionalidad de los mitos en una supuesta imposibilidad de éstos para rectificar, colocando así a un tipo de racionalidad (operatoria, instrumental) como criterio absoluto, como si los mitos no constituyeran otro tipo de racionalidad (analógica, según Bueno, consistente en la reorganización de un campo extraño y no manipulable mediante el recurso de establecer semejanzas con

campos manipulables) y como si la irracionalidad fuera un resultado sustancial de esa incapacidad para rectificar. Pero la irracionalidad no es una sustancia y no puede decirse sino a través de la propia razón, porque los conceptos negativos son posteriores, tanto en el orden temporal como en el lógico, a los positivos. La irracionalidad surge cuando dos cursos paralelos de racionalidad; es decir, incompatibles, se cruzan.

En otro error infantil, interpreta los géneros de materialidad como dimensiones de lo real (falseando citas y, además, con gran descuido, mencionando páginas de los Ensayos materialistas en donde estos conceptos no aparecen); es decir: confundiendo una analogía entre los géneros y dimensiones con una identidad y sacando conclusiones sobre la inseparabilidad de los géneros completamente desquiciadas.

O partiendo deductivamente de una especie de axioma erróneo sobre la conjugación de materia y forma como si fuesen conceptos simétricos, para terminar, concluyendo en que el materialismo filosófico de Bueno es también un formalismo, cuando la simetría no es una característica de los conceptos conjugados más que –y cogido por los pelos– en los casos de composición o neutralización de ambas.

La insistencia, falsa, en que Bueno le daba la razón en sus críticas en torno a *El animal divino*, cuando basta leer el artículo de marras publicado por Bueno como respuesta en el seno de esta polémica, para darse cuenta de que es, exactamente, al contrario; o la manía de confundir al lector de Bueno con la inexplicada y recurrente identificación de los géneros de materialidad como epistemología, sólo se explican introduciendo una buena dosis de mala fe por parte de Alvargonzález.

Por esto –y mucho más– reconociendo, desde luego, que el materialismo filosófico de Gustavo Bueno, como todo sistema filosófico, está imbricado con el *estado del mundo* y que, por tanto, como cristalización suya, también está sometido a la corrupción y es susceptible de ser derrumbado. Y admitiendo también que no es despreciable el modo crítico de acometer la lectura de los textos canónicos de Bueno, creo poder terminar afirmando que la mirada crítica de David Alvargonzález es más intencional que efectiva, puesto que se resuelve en un texto repleto de errores y tergiversaciones que, lejos de minar el sistema de Bueno, comprometen a su autor a ofrecer explicaciones más certeras y revelan su mala comprensión del sistema.

Recibido: 08-01-2025

Aceptado: 14-02-2025

